

GUADALAJARA, JAL., SÁBADO 3 DE MAYO DE 2014

HUMBERTO GARCÍA DE LA MORA

Ecós de una canonización polémica

El pasado 27 de abril, el papa Francisco canonizó a dos de sus predecesores: Juan XIII y Juan Pablo II. A partir de esta semana, los nombres de ambos pontífices quedaron inscritos en el catálogo de los santos y, en consecuencia, fueron elevados a los altares.

Si bien la noticia de la canonización del papa Juan Pablo II despertó júbilo entre la jerarquía católica y un sector de su feligresía, en contraparte, las críticas, tanto por la celeridad del proceso como por los claroscuros del religioso polaco, no se hicieron esperar.

Acusado de ser protector de curas pederastas, entre otros del sacerdote Marcial Maciel, fundador de los Legionarios de Cristo, Juan Pablo II ha sido objeto de las críticas más acerbadas de sectores diversos de la sociedad, que subieron de tono con motivo de su reciente canonización.

Años atrás, en las semanas previas a la beatificación de Juan Pablo II —celebrada el 1 de mayo de 2011 por el papa Benedicto XVI—, diversos intelectuales, académicos y periodistas cuestionaron la pertinencia de esta decisión. Con ella —advertían— se descalificaba y minimizaba a las víctimas de sacerdotes pederastas durante el pontificado del Papa polaco: este acto litúrgico era una clara señal de que la Iglesia católica no había entendido (o había querido ignorar) la gravedad de los abusos sexuales de sacerdotes en contra de menores de edad en todo el mundo.

El periodista Jorge Ramos, uno de los críticos a la beatificación, señaló: “La Iglesia católica quiere convertir en beato (luego en santo) a un hombre de carne y hueso que fue líder del Vaticano durante uno de los peores escándalos sexuales y de violación a los derechos humanos de cualquier pontificado. No estamos hablando de una o dos víctimas. Estamos hablando de miles de víctimas en todo el mundo. Esto significa que dentro del Vaticano hubo una sistemática política que ignoró, encubrió y protegió a sacerdotes criminales y que rechazó, estigmatizó y culpó a sus víctimas sexuales, en su mayoría niños y menores de edad [...]. Si el Papa no sabía de estos abusos, como sugieren muchos de sus defensores, fue entonces un líder negligente y apático que no cumplió con sus responsabilidades de vigilar y cuidar a los más débiles. Y si lo sabía fue, entonces, un cómplice de sus crímenes” (Jorge Ramos, “El Beato y los abusadores sexuales”, 25 de abril de 2011).

En este tenor, el escritor David Yallop así secunda: “El hecho de que la Iglesia (católica), a causa de su inacción, es directamente responsable del perdurable abuso clerical, y de que el efecto que está teniendo en la sociedad de muchos países es directamente responsable de la profunda

pérdida resultante de fe, nunca se le ocurrió al papa Juan Pablo II. El fallecido Papa y sus cardenales habían sabido al menos desde principios de la década de 1980 que tal abuso sexual estaba muy extendido; en realidad, la jerarquía católica lo había sabido siempre. Pero en vez de emprender una firme, pronta y decidida acción, optaron por perpetuar el sistema del secreto, y esa conducta despojó al Papa y a muchos de sus príncipes de toda tasa de autoridad moral [...]. A causa de la incapacidad para tomar las decisiones necesarias, el desenfrenado abuso sexual clerical siguió sin control y resultó directamente en deserciones masivas de la fe en muchos países” (David Yallop, “El poder y la gloria. Juan Pablo II: ¿Santo o político?”, Planeta, 2007, página 655).

A tres años de distancia de la beatificación —y sobre todo en el marco de la canonización—, el argumento de que Juan Pablo II “no sabía nada” del tema de los abusos de Marcial Maciel y del clero, es insostenible. El ex portavoz del papa Juan Pablo II, Joaquín Navarro-Valls, reconoció que el prelado polaco “fue informado de las pesquisas hechas por la Congregación para la Doctrina de la Fe contra el fundador de los Legionarios de Cristo” (El Universal, 25 de abril de 2014). El ex vocero papal refirió que para la “pureza de su pensamiento —de Karol Wojtyła—, aceptar esa realidad era imposible, pero la aceptó” (Ídem). En este tenor, el órgano informativo de la Arquidiócesis de México afirmó que “Juan Pablo II fue engañado por el fundador de los Legionarios de Cristo [...]. Cuando surgieron las acusaciones contra Maciel [...], y él personalmente le aseguró que las acusaciones eran falsas [el papa Juan Pablo II], le creyó” (“Desde la fe”, 27 de abril de 2014).

Los datos precedentes son pruebas irrefutables de que Juan Pablo II, pese a que conoció en su momento los citados casos de abusos, optó por el encubrimiento en favor de cientos de sacerdotes pederastas, incluido el padre Maciel, su amigo personal. El Sumo Pontífice prefirió mantenerlos en su ministerio a pesar del irreversible daño que ocasionaron en sus víctimas, a quienes ignoró sistemáticamente durante su papado (1978-2005).

En conclusión, y parafraseando a Jorge Ramos: Juan Pablo II sí sabía de estos abusos. Fue un líder negligente y apático que no cumplió con sus responsabilidades de vigilar y cuidar a los más débiles. En consecuencia, fue un cómplice de los crímenes de su clero. La canonización de Karol Wojtyła es una maniobra de la curia romana con la que se pretende exonerar al Papa polaco de los pecados (o delitos) en comento. Por lo anterior, San Juan Pablo II, para muchos, será un santo poco digno de presumir... Ni más ni menos.